

LA LIBERTAD HUMANA INTERPRETADA SEGÚN LAS VISIONES DE ORDEN Y CAOS EN LA NOVELA *LOS DETECTIVES SALVAJES* DE ROBERTO BOLAÑO

León Niño, Jonathan J.*
Universidad de Los Andes
Venezuela

Resumen

En este artículo se hace un trabajo crítico de la obra *Los detectives salvajes* del escritor Roberto Bolaño, disertando específicamente sobre los dos discursos sociales y filosóficos que mayor preeminencia temática tienen a lo largo de la novela. El primero es el discurso del orden, sus relaciones de poder social y cómo entiende la cultura occidental su manera de vivir y desarrollarse según esta visión, por otro lado está el discurso del caos, aquel que irrumpe contra normas establecidas y que nace en el seno de la sociedad postmoderna hastiada de los valores universales de la modernidad y cuya máxima pregonaban: orden y progreso como único norte posible de toda sociedad. Al final de todo, dichas concepciones (orden y caos) terminan siendo el soporte para una comprensión de la libertad humana vista desde distintas visiones.

Palabras clave: Orden, caos, libertad, determinismo y modernidad.

Abstract

A critic jobs about *Los detectives salvajes* from Roberto Bolaño is made in this article specifically on social and philosophical speeches which have more thematical preeminence along the novel. First one is order speech, it's social power relationships and how west culture understands it's living way and developing. On the orther hand it's chaos speech which goes against established rules and it's borned in a postmodern society sick of universal values of modernity that proclaimed: order and progress as the one possible north of all societies. At the end, these conceptions (order and chaos) end as the support for am understanding of human freedom seen from different points of view.

Key words: order, chaos, freedom, determinism and modernity.

*Maestría en Literatura Latinoamericana y del Caribe - Universidad de Los Andes-Tachira.
E-mail: jonathanleon66@hotmail.com

Finalizado: San Cristobal, Septiembre-2012 / Revisado: Octubre-2012 / Aceptado: Diciembre-2012

La novela *Los detectives salvajes* de Roberto Bolaño ha sido considerada de manera unánime por la crítica literaria mundial como una novela de gran relevancia y un aporte original dentro de la literatura latinoamericana y las letras en general. Si bien la novela es una vasta obra de más de seiscientas páginas, con una enrevesada red de historias que se entrecruzan unas con otras y donde el desarrollo estructural de la trama asemeja la forma de un laberinto, en este artículo solamente se hará énfasis sobre uno de los aspectos temáticos más recurrentes a lo largo de la novela: ese multifacético término conocido como la libertad humana.

En la primera parte de este artículo las disertaciones apuntan a cuestionar que desde uno de los discursos más arraigados en la cultura occidental, el del orden, se entiende la noción de libertad estableciéndose ésta siempre como condición, como un efecto y no como una causa sobre la que se indaga y se lucha a diario, dicha idea de libertad a final de cuentas es consecuencia y producto de una cultura occidental arraigada sobre los máximos valores establecidos en la idea radical de: orden y progreso. En la segunda parte del análisis se examina y se intenta reflexionar cómo una ruptura en el pensamiento occidental, que se gestó en los inicios del pensamiento postmoderno y su ya famoso cuestionamiento de la modernidad obligó a un redimensionamiento acerca de lo que realmente podía llegar a hacer libre a todo ser humano.

De este modo, cada capítulo comienza con una introducción teórica sobre la episteme que rige sus principios, en el primer capítulo intenta explicarse la visión del orden y en el otro la noción de caos, y cómo a partir de dichas visiones se entienden diferentes concepciones de la libertad, posterior al análisis teórico de cada visión o episteme se pasa luego a la concepción e ideas de algunos personajes en la obra según esta forma de entender el mundo, tomando ya situaciones propias de la obra en sí. Finalmente unas

breves conclusiones sobre posturas que intentan hallar lugares comunes entre ambas formas de pensamiento.

I.- Orden

Concepción de un mundo determinista

En la existencia ordinaria del ser humano occidental prevalece en términos generales el sentimiento de implantar un orden en todo entorno que le involucre directa o indirectamente, tal parece ser la forma que ha conseguido el ser humano de imponer cierto control sobre un mundo caótico e impredecible donde la irrupción del caos parece constantemente arruinar sus planes, proyectos y empresas conduciéndole a caminos de consecuentes fracasos, “el hombre es un hacedor de proyectos, los cuales están siempre expuestos a la frustración” (Briceño, 2002, p.17). En un mundo en el que las certidumbres se vuelven cada vez más escasas, donde los caminos sin rumbos abundan y las vidas lanzadas al naufragio continúan sin hallar faros cuyas luces permitan dar con puertos de llegada, es en ese mundo donde el orden se convierte en aliciente y perfecto disfraz para la calma que necesita toda vida humana, envuelta ésta en laberintos que se bifurcan en cientos de veredas.

De esa manera, del modo que todo está marcado y envuelto por el misterio del lenguaje, de la palabra que todo lo toca lo ve y lo nombra, del mismo modo hemos estructurado nuestro ser y hacer en función del orden, no podemos desconocer y tratar de concebir nuestros progresos, nuestros alcances, nuestra forma de comprender y analizar, sin entender todo ello como producto de una visión en la que se yergue a modo de imperativo categorial el orden. El mundo del orden le traza caminos que seguir porque otros ya los han hecho, ideas y conocimientos sobre que sostenerse porque otros ya lo han pensado. Con respecto a esta idea del ser humano que vive en un mundo cuyo orden se revela en todas sus circunstancias señala Víctor Bravo:

Si, como señala, Camus el hombre no puede vivir sino según un orden, los hombres y las culturas han sentido la fascinación de los procesos y los porqués del orden, de sus elementos constitutivos (jerarquías, demanda identificatoria, moral, homogeneidad, coherencia, poder...), de los límites que lo hacen posible y que lo separan de un afuera, de una extraterritorialidad que puede someterse al imperativo del orden e integrarse bajo su cielo, o persistir en su fuerza diferencial de acecho, de irreductibilidad ante el orden (2003, p.55).

Quizás por ello que de las grandes corrientes del pensamiento en la historia occidental ninguna tan significativa, para lo que significó la era de la razón, como fue el Determinismo, iniciado éste con todo su auge en Copérnico, Galileo, Kepler y Newton. Son ellos quienes riegan las primeras ideas que hacen pensar y creer con plena convicción, que el mundo es posible concebirse como un lugar menos hostil, un lugar en donde varias leyes básicas pueden hacer de éste algo más predecible, va a ser unos años después cuando quedaría demostrado con las semillas dejadas por estos pioneros, que el avance de la tecnología y la ciencia, iba a dotar a los seres humanos de una seguridad y creencia casi ciega en lo que las mismas dictaminaban, convirtiendo a la ciencia en el nuevo dogma, si se quiere llamar, de adoración. El mismo Víctor Bravo en su libro *Terrores de fin de milenio* refuerza dicha tesis al plantearlo de la siguiente forma:

Entre Copérnico y Galileo y los hombres de la Ilustración, en el siglo XVIII, se produciría un espectacular proceso de re-centramiento donde Dios da paso a la Diosa Razón, y donde la inteligibilidad teleológica del mundo da paso a la certeza de la causalidad y el determinismo. La racionalidad moderna de la Ilustración crea una nueva inteligibilidad del orden, (...) Ese desplazamiento permitió encontrar un nuevo centro que va a tener como figuras paradigmáticas a Descartes y Newton, y que va a sustituir, como decíamos, la

dominante de la inteligibilidad del orden y lo real, del sentido teleológico y final, por el sentido causal y determinista. En esta <<restauración>> se establece, de nuevo, un orden resistente al caos; se produce una reformulación de los fundamentos (1999, p.41).

Fue así como nace dicha corriente filosófica conocida como el Determinismo, abriendo paso a la Diosa Razón, por primera vez y de manera creíble el ser humano ve la posibilidad real de no sólo predecir por predecir, sino de encontrar los elementos causales de sus variadas intuiciones. Tras esa transición histórica se estructura una nueva teoría del conocimiento, una nueva episteme, esas profundas intuiciones empiezan a plasmarse en hechos concretos, así lo demuestran los primeros experimentos científicos de la ciencia práctica en Galileo Galilei y sus estudios de rotación y traslación, nacidos en el seno de intuiciones y dudas que intentaban sobreponerse a tradiciones impuestas sostenidas más que por mera fe.

No obstante, si bien el Determinismo permitió y permite al hombre solazarse en un lecho de sábanas donde se resguarda con comodidad la certidumbre, también es cierto que de las corrientes del pensamiento que más se han opuesto al concepto de Libertad ha sido precisamente la concepción de un mundo determinista, concepción que pregona que todo ya aparece dictado y preconcebido en un plan que obedece a leyes de mecánica perfecta, el mismo que visualizó y plasmó magistralmente Isaac Newton en su Teoría de la Gravitación Universal, en un mundo así poco parecieran poder hacer los seres humanos, pues todo le surge como dado y preconcebido. El filósofo español Ferrater Mora explica en su diccionario de filosofía la posición extrema con la que se sostuvo por mucho tiempo el Determinismo:

[...] el determinismo sostiene que todo lo que ha habido, hay y habrá, y todo lo que ha sucedido, sucede y sucederá, está de antemano fijado, condicionado y establecido, no pudiendo haber ni

sucedier más que lo que está de antemano fijado, condicionado y establecido (1994, p.846).

Los deterministas pensaban que creyendo el ser humano tomar decisiones, uno no es más que el producto de circunstancias, causalidades y leyes externas que obligan a tomar determinados caminos y no otros, y que si llegáramos a conocer las causas que producen ciertos efectos, si entendiéramos los mecanismos que rigen nuestro mundo, entonces habríamos de tener un control pleno, no sólo de nuestro entorno, sino de nosotros mismos. Según esta visión, un ser humano capaz de enfrentar con certezas cada sombra que emerge a su paso, es un ser humano capaz de ser libre puesto que decide cómo actuar y qué decidir con antelación ante las circunstancias.

También en el pensamiento occidental moderno hallamos otras formas de plantear la tesis del mundo determinista, no siendo en estas perspectivas la ciencia la que demarcará el tránsito a seguir, sino la reflexión filosófica y humanista, el filósofo mexicano Leopoldo Zea y el venezolano José Manuel Briceño Guerrero explican desde una visión menos radical a la científica que incluso aquello que nos ha correspondido ser como individuos, la forma en que pensamos y entendemos nuestro entorno, parte de una filiación casi genética entre lo cultural y lo tradicional, por ende, ello determinará inexorablemente parte de lo que somos y seremos:

Hay épocas históricas en que el hombre llevado de una inercia se abandona a las soluciones dadas por los demás. En vez de hacer su vida trata de acomodarse a vidas hechas. Hace su vida conforme a ciertos patrones que ha encontrado hechos. Es en estas épocas en que el pasado histórico en vez de ayudar a la realización de lo que es propio al hombre, se convierte en obstáculo, estrecha la vida del hombre, lo modela, le quita su libertad (Zea, 1991, p.29).

Aquí ya no encontramos una visión científica del asunto como sería el caso

de las citas anteriores, que basándose en planteamientos propios de la ciencia como los de la teoría de la gravitación universal explican que el ser humano a final de cuentas es poco autónomo en cuanto a sus decisiones, y por ende a su propia libertad dado que vive en un mundo donde las matemáticas, la física y las teorías son más predominantes que las propias decisiones que cree tomar. Con estos autores hay por el contrario una percepción de la libertad en donde ésta es coartada por lo que implica el pasado histórico para los individuos. Más adelante señala el autor sobre lo mismo, pero quizás con un pesimismo más acentuado, la conclusión sobre la vida que le ha correspondido vivir a todo ser humano:

Cuando el hombre se da cuenta de *su vida*, cuando sabe que esta su vida tiene que hacérsela, cuando sabe que es responsable de ella, sabe también que parte de su vida le ha sido hecha. Se encuentra con una cultura, perteneciendo y viviendo en ella, que ha sido hecha. El hombre se encuentra con un lenguaje, con unas costumbres, con una manera de comportarse, que no ha hecho él mismo sino que las encuentra hechas. Se encuentra con una cultura, perteneciendo y viviendo en ella, que ha sido hecha por otros, y sólo sobre la base de ésta puede hacer su vida. La base de su vida es vida ajena (Zea, 1991, p.31).

El filósofo venezolano José Manuel Briceño Guerrero, estudioso de los problemas de la identidad latinoamericana y de la identidad del ser humano en general también hace referencia a esta situación, constatando que efectivamente sin darnos cuenta, sin remedio quizá, terminamos siendo máquinas repetidoras de poca autonomía y creatividad existencial:

En efecto, el hombre necesita adquirir por aprendizaje lo que no le es dado por nacimiento. De aquí la necesidad absoluta de tener que vivir en sociedad y compartir la cultura que es transmitida de las generaciones adultas a las generaciones en formación mediante el proceso educativo. Cada hombre es portador, transmisor y, a veces,

creador de cultura (Briceño, 2002, p.12).

Nótese como se recalca al final de esta cita, que es sólo *a veces*, que el hombre dejando de ser un ente pasivo en el que las circunstancias le convierten y le amoldan, es capaz de modificar esas circunstancias para hallar en ese valiente gesto, insignificante tal vez, de poco mérito y reconocimiento seguramente, un enorme encuentro con su libertad. El mismo Briceño Guerrero señala que aunque la enorme herencia cultural e histórica que se soporta en nuestros hombros, contribuye a la subsistencia del hombre haciéndole ahorrar trabajo, transitar caminos más seguros y menos peligrosos, aprender de los errores, economizar pensamiento, todo ello, no obstante, puede terminar desembocando en un propio daño hacia la libertad humana, convirtiéndonos en autómatas de la rutina:

A medida que crece y se integra a la vida colectiva mediante la educación —espontánea o sistemática—, el hombre hereda los bienes y valores de la cultura a la que pertenece. Es asombroso observar cuán poco originales somos, casi todo lo que tenemos nos ha sido dado: cada individuo “formado” se parece a un tipo, cae bajo un tipo categorial, para el cual había heredado las condiciones biopsíquicas y el molde cultural correspondientes; parece como si la educación no consistiera más que en aprender un papel, un conjunto de roles, para tomar parte de una gran labor teatral donde pocas veces es necesario improvisar y cuyo sentido está dado por el juego transitorio de los valores de la cultura (Briceño, 2002, p.18).

A pesar del precio que deba pagar todo ser humano por mantenerse como heredero de lo que otros han hecho y así continuar perpetuándolo, lo importante sería entender que por desprenderse desde todo ello una organización hacia un mundo encasillado en el orden y la tranquilidad, el precio a pagar ha sido una gran cuota de su propia libertad, quizás en ello estribe la repercusión que han conseguido movimientos literarios

y filosóficos como los del Romanticismo, el Teatro del Absurdo, el Existencialismo, y la mordaz crítica de Nietzsche a la condición humana que ha marcado una parada obligatoria de reformulación seria y crítica sobre el ser humano que se gestaba y nacía en el seno del mundo moderno.

Orden absoluto y hastío en el ser humano

En *Los detectives Salvajes* (1999), la novela más premiada y reconocida del autor chileno Roberto Bolaño (1953-2003), sus protagonistas Arturo Belano y Ulises Lima recorren una historia que asemeja el vértigo de bestias desbocadas hacia el abismo. La obra intenta reflexionar constantemente a través de sus personajes sobre la concepción del hombre moderno y la visión cuya fe ciega estriba en el mundo Determinista, donde aferrarse a la seguridad y a la tranquilidad es máxima de subsistencia para toda vida que se aprecie. La historia de Arturo Belano y Ulises Lima transcurre en veinte años y se traslada sobre cuatro continentes, todo justificado, en lo que parece una búsqueda trivial y sin sentido. El fin de dicha búsqueda inicialmente, no es otro que rastrear los textos fundacionales del movimiento literario conocido como Realismo Visceral, escritos por la autora y a su vez fundadora Cesárea Tinajero, movimiento literario al que Arturo y Ulises se adhirieron siendo apenas unos adolescentes.

La búsqueda frenética de los protagonistas por esos documentos fundacionales, se convertirá en el constante irrumpir con los cánones del orden impuesto, sus acciones se transformarán en el resquebrajamiento del orden que estático e inmóvil, congela la vida de seres dormidos y aletargados. Arturo y Ulises se convierten no sólo en los protagonistas de una novela, se hacen ellos mismos figuras que intentan reflejar esa otra libertad expresada ya no en aquella idea que dictamina que mientras mejor organizamos y conocemos nuestro entorno mejor estaremos preparados para tomar decisiones en el seno de sus entrañas, más bien sus acciones apuntan hacia emancipar la rutina, el automatismo

y la repetición impuestas por el orden. Lo que comienza en la búsqueda de los textos fundacionales del Realismo Visceral termina por convertirse en la indagación de sí mismos, es la postura irreverente de los protagonistas la que permite reconceptualizar a modo de espejo una visión del ser humano consigo mismo, pues, ¿quién no buscará el espejo que aunque por efímeros momentos permita ver con lucidez su rostro reflejado en él? “Soñé que era un detective viejo y enfermo y que buscaba gente perdida hace tiempo. A veces me miraba casualmente en un espejo y reconocía a Roberto Bolaño” (Bolaño, 2001, p.1).

A lo largo de toda la historia, los protagonistas de ésta son constantemente cuestionados y colocados en entredicho, tanto por su banal búsqueda, como por los medios que emplean en ella, cuestionados siempre por su crudeza y lo poco ortodoxo de sus métodos, de allí que la búsqueda termine convirtiéndose en la búsqueda de detectives que con el transcurrir del texto se van haciendo cada vez personajes más inmorales y crudos, sin embargo, ha de ser esa búsqueda enloquecida, frenética, desposeída de todo interés, búsqueda que no halla sus sustentos en otra cosa que no sea en la sincera pasión por la literatura, lo que hará percibir de inmediato que todo en la obra se convierte en una irreverente y aguda crítica al acomodaticio mundo del ser humano moderno, aquel que desvalido de pasiones, de intereses, consumido en ideologías termina a final de cuentas coartando su propia libertad, del ser humano autómatas y mecánicos, del ser humano instintivo... del que dejó de serlo para convertirse en su propia pesadilla, al convertir su vida en una oscura cueva cuyas utopías se envilecen al acecho de las sombras.

En *Los detectives salvajes*, se dilata un profundo aire de tristezas, frustraciones y nostalgias, además de un alto nivel de conformismo con lo que las circunstancias han determinado sobre cada personaje, lo que habla mucho de la actitud pasiva de quien conforme con aquello que le

otorgue un mínimo de seguridad, no necesita correr riesgos que trasladen el orden en que permanece, a un futuro signado de incertidumbres y caos. En los más de cuarenta personajes que hilvanan la novela a lo largo de sus casi seiscientas páginas, Arturo y Ulises apenas entre menguadas líneas llegan a hablar directamente, sólo lo hacen por medio de terceros. Los personajes de la novela siempre andan rastreando los pasos de Ulises y Arturo, sintiendo cómo detrás de sus vestigios, el hastío de sus vidas se consume en monótonas rutinas, ese es el ceñimiento que llega a sentir uno de los personajes en *Los detectives salvajes*, Norman Boizman, recordando la intrepidez de Ulises Lima, junto a su amigo Daniel; mientras hacían un viaje por carretera, recuerdan el arrojamiento de éste al hacer un viaje que implicaba recorrer el mundo, por la sola razón de buscar unos poemas perdidos, la idea le parece un disparate completo, pero no deja de ilusionarle el coraje de Ulises, Norman le dice a su amigo Daniel, tras unos segundos de haber pensado la alocada situación:

Y entonces Norman dijo: no se trata de los real visceralistas, no has entendido nada, buey. Y yo le dije: ¿de qué se trata, pues? Y Norman, para mi alivio, dejó de mirarme y se concentró durante algunos minutos en la carretera, y después dijo: de la vida, de lo que perdemos sin darnos cuenta y de lo que podemos recobrar (Bolaño, 1999, p.433).

El tono melancólico de sus personajes se refleja constantemente, muchos son seres agobiados por el orden, traidores a su voluntad, a sus pasiones, atrapados en mediocres empleos que les carcomen y les secan a diario. Otro personaje, Guillem Piña, un pintor que ha debido abandonar su vocación para dedicarse a algo que realmente le dé de comer, piensa en determinado momento:

Luego vino el desencanto, yo daba clases en una universidad y no estaba a gusto. No quería explicar con mi obra mis planteamientos teóricos. Daba clases y veía a mis compañeros en dos grupos claramente diferenciados: los que eran un fraude (los mediocres y los canallas),

y los que tenían detrás del pupitre una obra plástica que caminaba, bien o mal, junto al trabajo docente. Y de pronto me di cuenta que no quería estar en ninguno de los dos grupos y renuncié. Me puse a dar clases en un instituto. Qué descanso. ¿Fue como ser degradado de teniente a sargento? Posiblemente. Tal vez a cabo. Aunque yo no me sentía ni teniente ni sargento ni cabo, sino pocero, trabajador de limpieza de cloacas, peón caminero perdido o marginado de su tropilla (...) Un desempleado podría haberme echado en cara que a pesar de tenerlo todo no fui capaz de ser feliz (Bolaño, 1999, pp.448-449).

En Perla Avilés, también personaje de la obra, se simbolizan seres que vienen a sentirse cómodos y paternales, en cuanto que el acto profético de sus sabias palabras sirva como consejos, que según ellos, apacigüen a Ulises y Arturo, vidas descarriadas en el caos total y encaminadas hacia el precipicio de las desgracias. Personajes como éste, que son prolíficos en la obra, se sienten constantemente abochornados por el tipo de vida que llevan Ulises y Arturo, y en el tic-tac indetenible que viven, no son capaces de concebir un mundo que irrumpa con el orden impuesto al que todos como falanges enormes se adhieren sin reflexionar. En uno de los tantos regaños que Perla Avilés da a Arturo por considerar lo desordenado de éste para con su vida expresa:

Yo le decía: ¿no quieres ir a la universidad?, ¿te niegas a ti mismo los privilegios de una educación superior?, y él se reía y me decía que en la universidad seguramente iba a aprender lo mismo que en la prepa: nada. ¿Pero qué vas a hacer en la vida?, le decía yo, ¿de qué piensas trabajar?, y él me contestaba que no tenía ni idea y que además no le importaba (Bolaño, 1999, p.150).

Aunque el personaje responda, que ni tenía idea ni le importaba, basta con seguir leyendo la obra y ver cómo los protagonistas, aburridos de gente como Perla Avilés, preferían callar sus intereses y llevarle con decidido esfuerzo la contraria a aquellos que

se empeñaban en hacerlos hombres para la vida, tal como afirmaba Perla. Sus intereses no se afilian a los de la mayoría, de allí que Roberto Bolaño hace a modo jocoso unos protagonistas que parecieran víctimas judías rehuyendo constantemente del asedio nazi, escapan de madres regañonas, de amigas y amigos insoportables, de predicadores, de universidades, profesores, mentores, de consejeros, en fin, Arturo y Ulises cada vez se ven más empeñados en desquiciarse a este tipo de gente.

En otro pasaje Laura Jáuregui, ex novia de Arturo Belano, se sorprende cuando éste repentinamente llega a su casa, tiempo después de terminado el noviazgo, para convencerle que se vaya con él a Europa, se marcharía de México definitivamente sin saber si volvería y venía a decirle que aún la amaba, situación que Laura deduce como una locura total, emprender un viaje de tal envergadura así no más, sin ningún tipo de preparativos ni justificativo, sin más motivo que el de supuestamente reabrir nuevos caminos sólo podía ser la acción de un desquiciado. Laura Jáuregui reafirma en su conducta lo que busca hacer Roberto Bolaño de varios de sus personajes, personajes que no dan cabida a la improvisación, personajes donde en ellos todo obedece a planificaciones, preparativos, planes deterministas:

Y yo le dije: pues allá tú, que seas feliz, vive en ellos y muérete en ellos si quieres, yo ya viajaré cuando tenga dinero. Entonces te faltará tiempo, dijo él. No me faltará tiempo, dije yo, al contrario, seré dueña de mi tiempo, haré con mi tiempo lo que me dé la gana. Y él dijo: ya no serás joven, lo dijo casi a punto de llorar, y verlo así, tan amargado, me dio coraje y le grité: a ti que te importa lo que haga con mi vida, con mis viajes o con mi juventud (Bolaño, 1999, p.197).

Para Simone Darrieux, una sadomasoquista francesa que estaba cansada de hacer el amor una y otra vez sin hallar en él mayores rupturas que las que impone una hipócrita moral y la sexualidad establecida,

le resultaba imposible entender cómo Arturo Belano desde París, pensaba emprender un largo viaje a Israel sin ningún tipo de planificación, sin dinero, sin tener a donde llegar con certeza, por el simple hecho de hacer una visita. Aquello dentro de la lógica occidental, la lógica del orden y las certidumbres resultaba a toda vista una total locura:

Una noche me contó sus planes. Éstos consistían en residir un tiempo en París y luego marcharse a Israel. Cuando me lo dijo sonreí con una mezcla de incredulidad y asombro. ¿Por qué Israel? Porque allí vivía una amiga. Esa fue su respuesta. ¿Sólo por eso?, dije incrédula. Sólo por eso.

De hecho, nada de lo que hacía parecía obedecer a un proyecto prefijado (Bolaño, 1999, p.213).

La organización puede favorecer en la seguridad, el bienestar, el progreso de la humanidad y especialmente las sociedades en las que se desenvuelve, mas son estos factores enmarcados en los linderos extremistas del vivir acomodaticio, quienes también predisponen a los seres humanos a convertirse, como refiere Briceño, en autómatas, y con el sentimiento de verse unos autómatas, se llega a otros niveles como lo son el tedio, el desencanto, la carencia de voluntad, la inercia, la apatía. El ser humano termina viviendo en un mundo tal como lo prefigura Albert Camus en su novela *El extranjero*, donde se convierte en un extranjero hasta de sí mismo. Sobre esta idea de monotonía y aburrimiento, piensa el filósofo venezolano Juan David García Bacca, que son los eventos abruptos los que deben presentarse para despertar al ser humano de la somnolencia, de la apatía y la pasión de la que puedan carecer, pero entendiendo como eventos abruptos aquellos que propicien una guerra simbólica que debe encenderse en toda conciencia humana, y de la que una vez encendida saldrán las ideas llenas de fuego, pasión y un espíritu renovado. Es en ese resonar interno de cañones, gritos, disparos y detonaciones, que se dictará el

salto cualitativo del ser humano pasivo, somnoliento, embelesado de paz, aletargado en el orden, al que desde el caos –aunque arriesgando siempre mucho más- se haga libre, por ello dice Bacca:

Lo de <<paz en la tierra para los hombres de buena voluntad>> no pasa de ser piadoso deseo o súplica hecha a Dios quien debe saber muy bien los límites, bien finitos, fuera de los cuales paz se trueca insensiblemente en monotonía, y sensiblemente en aburrimiento. Y, por saberlo Dios, y ser su sabiduría causa de la historia, la paz nunca dura mucho, y menos en los campos del espíritu (García, 2002, p.131).

Cuando nuestra conciencia se levanta a través del llamado que hace la diana interna que llevamos cada uno, y cuando podemos despojarnos del aletargamiento, despiertan otros sentimientos que vienen a conciliar ante nosotros, una capacidad crítica-reflexiva de nuestro entorno, del ser humano crítico que por lo general se yergue en la libertad, la única con la capacidad para hacernos escoger entre el seguir labrando tierras secas, o emprender nuevos caminos de fertilidad “De la monotonía y aburrimiento -peligro real, propio e intrínseco de toda ontología, regida por el principio de identidad- nos salva la libertad – el que somos libres” (Bacca, 2002, p.133).

Son este tipo de interrogantes, todas ellas conducentes a la crítica del hombre esclavo y desapasionado, las que hacen despertar en los personajes de *Los detectives salvajes*, intuiciones en donde sus vidas estarían transcurriendo con algo esencial que carece en ellas, no obstante, en el mayor de los casos, aún y cuando existe ese hallazgo de encontrarse perdidos en un laberinto cretiano, de hallarse extranjeros de todo hasta de sí mismos, no siempre los resultados son óptimos, como si no bastase simplemente con poseer las intuiciones de verse perdidos tal cual barco a la deriva para solucionar el problema. De hecho, es irremisible la necesaria actuación voluntaria y decidida de

varios personajes a los cuales se les revela esa carencia dentro de sí, y para muchos de ellos será su carencia de voluntad quien no ha permitido al final poder elegir con suficiente tino. García Madero, uno de los personajes claves para la arquitectura de la novela, piensa en un momento bastante crítico de su vida, producto de importantes decisiones que ha debido tomar, que su futuro se visualiza sobre un panorama bastante incierto, ajeno de sí, de lo que hace, de lo que le gusta hacer, es consciente para tal momento que su vida se haya en la encrucijada de seguir haciendo lo que ha estado haciendo hasta ahora, sin encontrar en ello mayor reflejo de sí mismo, o ha llegado la situación de abrirse nuevos caminos:

Y entonces me di cuenta de que algo había fallado en los últimos días, algo había fallado en mi relación con los nuevos poetas de México o con las nuevas mujeres de mi vida, pero por más vueltas que le di no hallé el fallo, el abismo que se miraba por encima de mi hombro se abría detrás de mí, un abismo que por otra parte no me atemorizaba, un abismo carente de monstruos aunque no de oscuridad, de silencio y de vacío, tres extremos que me hacían daño, un daño menor, es cierto, ¡un cosquilleo en la boca del estómago!, pero que por momentos se parecía al miedo (Bolaño, 1999, p.112).

Y así diversas situaciones en que se hace latente la frustración y el extravío, donde luego de consumida la rutina cíclica que se repite una y otra vez, sin descanso, sin prórroga, los personajes revientan en dudas y preguntas, cualquier acto cotidiano y hasta trivial desencadena en vacilaciones, “Y después de coger a mi general le gustaba salir al patio a fumarse su cigarrillo y a pensar en la tristeza poscoito, en la pinche tristeza de la carne, en todos los libros que no había leído” (Bolaño, 1999, p.340).

II.- Caos

Utopía del orden

Hay que llevar dentro de sí un caos para poder engendrar una estrella rodante.

Friedrich Nietzsche

La realidad en la que viven sumidos los seres humanos, parece de algún modo contrariar lo dicho sobre el orden y las instituciones que le rigen y fortalecen. Los humanos parecemos hacernos cada vez menos dueños de nuestros sueños y deseos, convirtiéndonos en simple tránsito del azar que parece estar siempre por encima de todo plan preconcebido. El caos y la indeterminación a diario se abalanzan sobre nosotros, poco control parecemos tener de lo que nos depara el devenir, incluso cuando abarrotados de proyectos y estratagemas perfilamos nuestro futuro, centellas de clarividencia parecieran demostrar que los pasos a dar podrían estar ya regidos por divinidades que se divierten en enormes teatros, desde los que disfrutan nuestras tragicomedias vivenciales. Intuimos que el mundo preconcebido o determinista del que hablamos, dista como el piélago visto desde la orilla del mar, distante y ajena parece nuestra existencia, tal cual simples túteres marcados por el hado.

El ser humano vive inmerso en cientos de incertidumbres que agobian su vida, incertidumbres que van encabezadas por la mayor de todas, su propia muerte. Sigilosa, escurridiza y sorpresiva, la muerte siempre hará de su vida un asilo del caos. Pero si bien la muerte es el más apremiante sabueso que acecha sobre sus hombros, no sólo ella implica incertidumbres para el hombre, a esa le siguen otro tipo de zozobras, que en menor grado van igualmente carcomiendo poco a poco la limosna de paz que busca desesperado entre las promesas del orden. Gran parte de la vida en los seres humanos transcurre en preguntas como el futuro inmediato de su existencia, sobre lo que hace, hará y ha dejado de hacer, y a cada pregunta que se formula,

ve como circunstancias tras circunstancias, casualidades, loterías... han ido conduciendo su vida, pareciendo ser casi nula su intervención en la misma, el filósofo español Fernando Savater, narra en la siguiente cita que si bien somos muy buenos para hacer planes, poco de éstos se cumplen en la realidad:

El concepto filosófico más serio que se opone o relativiza la libertad humana es el *destino*. Cuando el ser humano mira hacia delante, al futuro, considerando sus posibilidades y planeando su elección, cree en la libertad; pero cuando mira hacia atrás y contempla su vida no ya como una tarea sino como un resultado, entonces le parece que todo ha ocurrido de una manera fatal, cumpliendo un diseño preconcebido y necesario (Savater, 2003, p.84).

El ser humano, es un ser que vive abarrotado de miedos, dudas, reveses y capitulaciones, por eso es que brujos, oráculos, nigromantes, espiritistas, hechicería hayan calado con tanto éxito y por tantos siglos en la historia humana de toda cultura. El caos siempre ha estado presente en la vida de todos, sólo la visión moderna a través de su acento marcado y mesiánico del orden, intentó disipar todo aquello y canalizarlo hacia la opción de tener una vida menos azarosa. Los tiempos actuales involucran una visión que explica al caos como condición manifiesta e innegable del mundo en que vivimos; al mismo tiempo impera la necesidad que de dicha visión se desprendan y surjan nuevos paradigmas, suponiendo renovadas formas de entender y explicar nuestro entorno, un mundo en que el caos existe.

La Geometría Fractal, la teoría Electromagnética, la Mecánica Cuántica, la Teoría de los Rizomas, la Autopoiesis, la Teoría Bootstrap, la Teoría de la Relatividad, la Teoría de la Resonancia Mórfica, de la Catástrofe, del Orden Implicado, de las Estructuras Disipativas, entre tantas otras, dan lugar a una nueva visión de mundo contraria a la newtoniana, por estar todas ellas ancladas como soportes fijos en el desorden,

la incertidumbre y el caos, todos ellos nuevos constructos de la realidad (Ugas 2006).

Ahora bien, si con Galileo, Kepler y Newton se abre una nueva postura paradigmática del conocimiento, de concepción de mundo, arraigada ésta específicamente en su aspecto práctico y experimental, será a finales del siglo XIX y comienzos del XX, cuando nuevamente habría de removerse y volver a reestructurar lo que hasta ahora se consideraba como tajante en cuanto a visión de mundo. Ha de ser nuevamente la ciencia, la que habría de visualizar el nuevo mundo, inmerso de pronto éste, ya no en el sitio regido por el orden y sus leyes clásicas, sino en un mundo donde existía cabida para el azar en escala micro, y en donde nacían a pesar de lo insignificantes e invisibles de sus manifestaciones la capacidad de producir grandes cambios.

A partir de entonces, nacían ciencias que enmarcadas en el caos, demostraban la capacidad de menguar al mismo: las estadísticas y las probabilidades son ejemplo antonomástico de ello. Los estudios de electromagnética, iniciados con todo el rigor y seriedad, en las publicaciones de Michael Faraday, James Clerk Maxwell y alcanzando su punto más alto en la difusión de los trabajos de Heinrich Hertz, producirían el inicio de la nueva revolución copernicana:

A raíz de la aparición de la teoría electromagnética de Maxwell se fue abriendo camino una nueva representación de la naturaleza, la representación electromagnética, que cobró un gran impulso con la difusión de los trabajos de Heinrich Hertz en 1887-88, al demostrar la existencia de la radiación electromagnética y derrotar la idea newtoniana de la acción a distancia. Surgía así una nueva representación de la naturaleza que disputaba, ahora sobre firmes bases físicas comprobadas experimentalmente, la absoluta hegemonía que hasta entonces había gozado la representación mecanicista de la naturaleza (Otero, 1992).

Dicha postura alcanzaría lo más alto de su cúspide sostenida en la Teoría de la Relatividad de Albert Einstein y los estudios de Mecánica Cuántica de Max Planck. Ambos cuestionaron seriamente la validez del principio universal determinista y de causalidad clásico arrastrado desde Newton. La ciencia apuntaba nuevos caminos hacia los que debían dirigirse los esfuerzos. Con el nacimiento de esta nueva episteme, surgía a modo de nuevo ciclo, una renovada posición que debía ser discutida acerca de la posición del hombre y el universo dentro de la reciente concepción de mundo. Finalmente, la estocada de gracia vendría con la propuesta también científica, del físico alemán Heisenberg y su famosa Teoría de la Incertidumbre, columna vertebral de todos los estudios actuales acerca de la naturaleza del átomo dentro de la física:

La aparición en 1927 del artículo de Heisenberg en el que establecía las relaciones de incertidumbre como un principio físico fundamental, al postular que no era posible conocer simultáneamente la posición y el impulso –velocidad- de una partícula, no hizo sino profundizar dicha fractura epistemológica, al romper radicalmente con la antigua pretensión de la Física Moderna de alcanzar, mediante el conocimiento completo de todos los fenómenos físicos del Universo en un instante dado, la determinación absoluta hacia el pasado y hacia el futuro de todos los fenómenos físicos del Universo, en función de la validez universal del principio de causalidad estricto, origen y fundamento de la representación determinista de la Modernidad (Otero, 1992).

Podría ser este un bosquejo dentro del panorama de la ciencia, una visión que comenzaba a emerger y disputaba el monopolio que pretendía otra, en este caso la newtoniana, mas sin embargo no sólo en el ámbito de la ciencia fluían críticas, si bien posturas enraizadas hallaban caminos de agonía, también nuevas luces se abrían en otros ámbitos del conocimiento, campos como el de

la filosofía ya generaban acérrimas críticas con respecto al puesto del ser humano dentro del mundo y cómo afectaba su visión determinista del mismo. La voz implacable y estruendosa de Friedrich Nietzsche es indiscutible aquí, su visión filosófica, humanista y sobre todo, crítica de la incipiente sociedad, sería precursora de una ácida acusación a la falacia idealista implantada por el pensamiento moderno, según el cual: igualdad, progreso, tecnología y orden, darán las bases para la consolidación y el surgimiento del ser humano libre.

Ha de ser en los seres humanos inmersos en el orden y la concepción burguesa de la ilustración, sobre los que Nietzsche volcará todos sus improperios en busca del objetivo único y apremiante, de lo que según su concepción implicaba el nacimiento del superhombre. Nótese como en la siguiente cita Nietzsche hace un elogio del ser humano volcado hacia el caos pues sólo en él entiende un camino hacia la libertad y hacia sí mismo:

Lo que tiene de grande el hombre es el ser puente y no fin; lo que puede amarse en el hombre es el ser tránsito y hundimiento.

Amo a los que no saben vivir sino encaminados al hundimiento; pues son los que cruzan el abismo.

Amo a los hombres del gran desprecio; pues son los hombres de la grande reverencia y flechas del anhelo de alcanzar la otra orilla.

Amo a los que no buscan en trasmundos un motivo para hundirse y sacrificarse, sino que se sacrifican por la tierra, para que surja en ella el superhombre (Nietzsche, 2001, p.17).

Cuando Nietzsche menciona en este fragmento el hundimiento, el abismo, el desprecio, el sacrificio como formas manifiestas y posturas valientes en la condición vivencial del ser humano, está haciendo manifiesto su defensa al caos, su irreverente postura dionisiaca. Su voz entusiasta y

enérgica rendirá culto al hombre que capaz de desprenderse de esa pantomima epocal, festeja un nuevo surgir en la llama envolvente del caos:

El orden astral en que vivimos es una excepción; el orden y la aparente duración que está condicionada por él, nuevamente ha hecho posible la excepción de las excepciones: la formación de lo orgánico. Por el contrario, caos es el carácter total del mundo por toda la eternidad; no en el sentido de una ausencia de la necesidad, sino de una ausencia de orden, de articulación, de forma, de belleza, de sabiduría, y como sea que se llamen todas nuestras consideraciones estéticas (Nietzsche, 1992, p.103).

La propuesta psicoanalítica freudiana se inserta también en el culto a lo caótico, pues al revelar categorías como las del inconsciente, señala por primera vez Sigmund Freud en el interior de nosotros los humanos, un descomunal caos en constante ebullición. Se revela que desde el ser humano emergen oscuras sombras desconocidas por él mismo, éste se descubre como laberinto de laberintos, sus actos y su conciencia hasta ahora dominadas por él, se revelan en rostros paralelos donde se fraguan identidades, deseos, odios, ambiciones, represiones desconocidas en lo absoluto por él. Carl Gustav Jung, quien prosigue en ciertas líneas el trabajo de Freud, continúa dentro de la propuesta del caos como nuevo referente de la cultura occidental, al hablar del inconsciente colectivo y los arquetipos, estos elementos que el hombre desconoce significan rupturas conceptuales y organizativas, llamando a reestructuraciones dentro de la sociedad occidental.

Caos y posibilidad de libertad

En la estructura irreverente de *Los detectives salvajes*, ya Roberto Bolaño manifiesta su interés por las relaciones caóticas. La novela se divide en tres partes, donde la primera se conecta con la tercera; finalizada la lectura de la tercera parte, es revelado todo el intríngulis de lo que sucede en la segunda, que a su vez transcurre en cuatro

continentes y veinte años, narrados por más de cuarenta personajes que hablan en primera persona haciendo alusión a sus experiencias vividas directa o indirectamente con Arturo y Ulises. No es hasta finalizada dicha tercera parte, que se entiende a cabalidad todos los vericuetos y enredos vividos por los mencionados personajes.

En la segunda parte de la novela existe un personaje central, Amadeo Salvatierra, éste se mantiene estático en el tiempo y el espacio, en la calle República de Venezuela, cerca del Palacio de la Inquisición, México DF, enero de 1976. Amadeo Salvatierra es el último personaje que habla en la obra: él cierra la segunda parte y con su cierre se aclara el por qué del camino emprendido veinte años atrás por los protagonistas, y no solamente el por qué, sino se logra engranar la búsqueda de Arturo y Ulises como detectives de textos literarios a lo largo de toda la novela. Es Amadeo Salvatierra quien va refiriendo los posibles vestigios de dichos textos, de esta manera, inmersa dentro de una caótica estructura, la novela termina engranando con la precisión de un reloj suizo en todas sus partes.

Pero no sólo la estructuración de la novela es toda una manifestación del caos, sino es precisamente la ruptura confesa de la trama, en cuanto a circunstancias y personajes, la que refleja parte de la inmersión del caos como ruptura de sociedades e individuos dentro de la novela, esclavos de pies a cabeza para con el orden. De los personajes centrales y quizás más divertidos de la trama, está Joaquín Font, arquitecto que a lo largo de todo el texto parece estar a punto de sumirse en la locura total, producto del diario estrés y de sus constantes crisis anímicas, al final termina sucumbiendo en un manicomio desde el que logra alcanzar la paz y la tranquilidad siempre anhelada.

Allí llegan todos sus amigos a confesarle sus problemas y tristezas para los que Joaquín Font siempre tendrá formas de tranquilizarles, situación jocosa

tomando en cuenta la propia vida de este personaje.

Joaquín representa en todo el texto una agresión constante al orden: ha pasado a vivir el resto de su vida en la otra orilla, la del caos, su comportamiento no es ajustable a los criterios fijados por los cánones de la sociedad, el personaje altera la paciencia de su esposa, sus amigos, familiares y conocidos, lo hace constantemente producto de la tranquilidad y el desapego que siente por todo, su actitud es cuestionada por ello y eso le separa entonces de las masas, le coloca fuera del estatus común. Roberto Bolaño usa a este personaje como aquel que desde la orilla del caos, desafía constantemente al orden, hace burla y mella de aquellos que desde la otra orilla, viven angustiados y deshechos de preocupaciones.

Cuando ya nadie es capaz de soportar al pobre Joaquín y su parsimonia ante cualquier crisis, su despreocupación por volver a ser el exitoso arquitecto de antaño, su familia decide internarlo en el manicomio, aún cuando su hija María dude sobre lo idóneo de la decisión:

A mi padre lo tuvimos que internar en un manicomio (mi madre me corrige y dice: clínica psiquiátrica, pero hay palabras que no necesitan ningún barniz: un manicomio es un manicomio) poco antes de que Ulises y Arturo volvieran de Sonora. No sé si lo he dicho, pero se fueron en el coche de mi padre. Según mi madre, ese hecho, fue el detonante para que la salud mental de mi padre se fuera al demonio. Yo no estoy de acuerdo. La relación de mi padre con sus posesiones, su casa, su coche, sus libros de arte, su cuenta corriente siempre fue, por lo menos, distante, por lo menos ambigua. Parecía como si mi padre siempre se estuviera desnudando, siempre quitándose cosas de encima, de buen o de mal grado, pero con tan mala suerte (o con tanta lentitud) que nunca podía alcanzar la ansiada desnudez (Bolaño, 1999, p.172).

Irónicamente el personaje está construido sobre la base de una sordidez metafísica,

irónica y hasta jocosa de lo que hace y dice. Resulta toda una paradoja que sea el loco de la novela quien manifiesta al final mayor cordura que cualquier personaje; todos, por el contrario, parecen extraviados, perdidos, aletargados y lóbregos, sin deseos de nada, mientras Joaquín apenas si se deja salpicar de todo ello. En uno de los capítulos, cuando Joaquín ya ha sido internado en la clínica de salud mental El Reposo, arriba uno de sus viejos y atormentados amigos, Álvaro Damián, a narrarle sus agobios y angustias. Joaquín le oye todo de la manera más diplomática e inteligente, sin saber lo más mínimo de qué estaba hablando su amigo:

Hace dos meses Álvaro Damián vino a verme y me dijo que tenía algo que decirme. Dime qué es, le dije, toma asiento y dime qué es. Se acabó el premio, dijo él. ¿Qué premio?, dije yo, el premio para poetas jóvenes Laura Damián, dijo él. No tenía idea de qué me hablaba, pero le seguí la corriente. ¿Y eso a qué se debe, Álvaro, le dije a qué se debe? A que se me acabó el dinero, dijo él, lo he perdido todo (...)Y después de estar un rato así, hablando, o leyendo juntos el periódico (aunque aquel día precisamente no leímos juntos el periódico), Álvaro Damián dijo: tenía que decírtelo. Y yo le dije: ¿qué tenías que decirme, Álvaro? Y él dijo: que el premio Laura Damián se acabó. Me hubiera gustado preguntarle por qué, por qué tenía que decírmelo precisamente a mí, pero luego pensé que mucha gente, sobre todo aquí, tiene muchas cosas que decirme, y que ese impulso de comunicabilidad es algo que a mí generalmente se me escapa pero que acepto sin reservas, total, con oír no se pierde nada. Y luego Álvaro Damián se marchó y veinte días después vino mi hija a visitarme y me dijo papá, esto no debería decírtelo pero creo que es mejor que lo sepas. Y yo le dije: cuenta, cuenta, soy todo oídos. Y ella dijo: Álvaro Damián se pegó un balazo en la cabeza. Y yo le dije: ¿y cómo ha podido Alvarito hacer semejante barbaridad? Y ella dijo: los negocios le iban muy mal, estaba arruinado, ya lo había perdido casi todo, y yo le dije: pero podía haberse venido al manicomio conmigo. Y mi hija se rió

y dijo que las cosas no eran tan fáciles (Bolaño, 1999, pp.285-286).

La solución que da finalmente Joaquín Font al desenlace fatal de Álvaro le parece a su hija María una completa tontería, una respuesta de niño. Sin embargo, con ello demuestra Joaquín su lucidez y pragmatismo ante las dificultades, imposible de entender todo ello según una visión determinista, en la que toda terrible causa desencadena en una consecuencia inevitable. En otro pasaje de la novela, la hija de Joaquín va a visitarlo a su nuevo centro de ayuda, el Psiquiátrico La Fortaleza, luego de que un terremoto azotara toda la ciudad de México y dejara como resultado varios muertos y daños materiales. Cuando el caos se ha apoderado totalmente de la situación mexicana actual: muertos, noticias, ambulancias de un lado a otro, gente desesperada, hambre, en fin, Joaquín está inmerso en toda una pacífica calma, envidiable para su hija:

Unos días después vino a verme mi hija. ¿Tú te has enterado del terremoto?, me preguntó. Claro que sí, respondí. ¿Han muerto muchos? No, no muchos, dijo mi hija. Los pocos amigos que nos quedan no necesitan ningún terremoto de México para morir, dije yo. A veces pienso que tú no estás loco, dijo mi hija. No estoy loco, dije yo, sólo confundido. Pero la confusión te dura desde hace mucho, dijo mi hija. El tiempo es una ilusión, dijo yo y pensé en gente que hacía mucho que no había visto e incluso en gente que no había visto nunca. Si pudiera te sacaría, dijo mi hija. No hay prisa, dije yo y pensé en los terremotos de México que venían avanzando desde el pasado, con pie de mendigos, directos hacia la eternidad o hacia la nada mexicana. Si fuera por mí, te sacaría hoy mismo, dijo mi hija. No te preocupes, le dije, ya bastantes problemas debes tener con tu vida. Mi hija se me quedó mirando y no me contestó (Bolaño, 1999, p.350).

En el último fragmento donde aparece Joaquín Font, salido ya del manicomio, llegado a su casa y encontrada ésta como la más triste y miserable de todas, comienza a

recorrerla, y en cada paso sobre ella, recuerdos van tropezando inconscientemente en su cabeza, pero de sus recuerdos el más vívido sucede cuando de pronto, frente al garaje, recuerda con toda claridad una de las pocas cosas materiales a las que de verdad le había tomado aprecio, su viejo Impala. Éste ya no estaba allí, los últimos en tomarlo habían sido Arturo y Ulises cuando, tratando de escapar de unos hampones en plena noche buena, lo tomaron y salieron desmadrados a los desiertos de Sonora.

Aunque el Impala ya no está, comienza a recordar mentalmente, tal como lo había aprendido a hacer en el manicomio y en el psiquiátrico con pensamientos esparcidos en el caos, desde ellos logra verse nuevamente con el Impala, recorriendo calles y lugares recónditos, viéndose a sí mismo. Es allí cuando llega su última revelación y con ella no sólo cierra su personaje, sino que enfatiza la posición alternativa que representó a lo largo de toda la novela, y cómo es precisamente a un loco y no a otros a quien se le ha revelado este nuevo mundo caótico:

Cuando ya llevaba recorrido medio camino, no obstante, se me ocurrió una idea y me volví, pero en la calle ya no estaba el Impala, visto y no visto, ahora está, ahora ya no está, la calle se había transformado en un rompecabezas de penumbra al que le faltaban varias piezas, y una de las piezas que faltaban, curiosamente era yo mismo. Mi Impala se había ido, yo, de alguna manera que no terminaba de comprender, también me había ido. Mi Impala había vuelto a mi mente. Yo había vuelto a mi mente.

Supe entonces, con humildad, con perplejidad, en un arranque de mexicanidad absoluta, que estábamos gobernados por el azar y que en esa tormenta todos nos ahogaríamos, y supe que sólo los más astutos, no yo ciertamente, iban a mantenerse a flote un poco más de tiempo (Bolaño, 1999, p.365).

Esa revelación de la que habla aquí en su última intervención Joaquín Font, se

sigue manifestando en algunos personajes de la novela, cuando por instantes su monótona cotidianeidad se ve abruptamente irrumpida por algún desquiciamiento de los tantos personajes o situaciones que aparecen. En uno de los pasajes más absurdos y surrealistas de la novela, Arturo Belano está próximo a publicar un libro en Barcelona, no obstante, considera que el crítico literario Iñaki Echavarne, despotricará y blasfemaré de su libro, tomando como antecedente que era este el modo en que actuaba el crítico Iñaki para con cualquier escritor.

Ante esta situación, que le ha ocasionado un terrible insomnio, un malestar constante, migraña y dolor de estómago, Arturo decide retar en duelo de espadas, a orillas de la playa y durante la madrugada, al crítico catalán Iñaki Echavarne. El mismo Iñaki que no sabía si considerar el reto tal cual soberbia broma, dado que el libro aún no había llegado siquiera a imprenta, termina aceptando el duelo en el que posteriormente se sorprendería al percatarse de la seriedad del asunto.

Jaume Planells, había sido invitado como padrino de duelo, éste no se convence de aquella locura hasta que sus propios ojos presenciaron a dos locos escogiendo espadas para un duelo a muerte, supuestamente por una nota crítica de un libro que ni siquiera existía, en este cita se narra el momento en que Planells involucrado en la locura, comienza a repartir las espadas:

Luego dio a escoger a Iñaki una de las espadas. Éste se tomó su tiempo, sopesando ambas, primero una, después otra, después ambas a la vez, como si en toda su vida no hubiera hecho otra cosa que jugar a los mosqueteros, las espadas ya no brillaban. El otro, el escritor agraviado (¿pero agraviado por quién, por qué, si todavía no había salido la maldita reseña afrentosa?) esperó hasta que Iñaki hubo escogido (Bolaño, 1999, p.458).

Para entonces la situación ya está envuelta en un aire de total locura y descontrol: personajes que celebran el duelo; otros,

nerviosos por las consecuencias de lo que pueda suceder se toman píldoras para controlar la tensión; una mujer amiga de Planells, se encuentra extasiada por jurar estar reviviendo un momento épico romántico frente a sus ojos. A Iñaki le resulta difícil buscar su puesto para el duelo, aún cuando tenía toda una playa para él solo. Un compañero de Arturo comienza a fumar azorosamente, y sin razón alguna se pone nostálgico y termina llorando solo y arrinconado en una piedra. Ante tal locura, Jaime Planells, al borde de la crisis nerviosa, mojando sus zapatos y medias con el agua del mar que logra llegar a la orilla, cree estar sintiendo alguna especie de revelación, la cual irónicamente o intencionalmente de parte del autor del texto aparece justo en semejante momento de exaltada estupidez.

Es allí que corrobora Bolaño nuevamente su visión acerca de las fracturas que vive la realidad inmersa en el caos, y cómo a partir de ese caos surgen instantes inesperados de sutil perspicacia. A continuación lo que relata Planells para ese instante:

Durante un segundo de lucidez tuve la certeza de que nos habíamos vuelto locos. Pero a ese segundo de lucidez se antepuso un supersegundo de superlucidez (si me permiten la expresión) en donde pensé que aquella escena era el resultado lógico de nuestras vidas absurdas. No era un castigo sino un pliegue que se abría de pronto para que nos viéramos en nuestra humanidad común. No era la constatación de nuestra ociosa culpabilidad sino la marca de nuestra milagrosa e inútil inocencia. Pero no es eso. No es eso. Estábamos detenidos y ellos estaban en movimiento y la arena de la playa se movía, pero no por el viento sino por lo que ellos hacían y por lo que nosotros hacíamos, es decir nada, es decir mirar, y todo junto era el pliegue, el segundo de superlucidez (Bolaño, 1999, p.459).

En la novela tampoco está exenta la visión de Latinoamérica inmersa en el caos; de hecho si existe una verdadera y firme alusión al caos, está precisamente en

la que hace con respecto a la cotidianeidad en que vive el ser latino y lo que representa Latinoamérica y sus instituciones. Los poetas real visceralistas, amigos de Arturo y Ulises, son la desorganización total, viven el día a día sin preocuparse por nada, desempleados, hambrientos, sus vidas son desastrosas al igual que las de Arturo y Ulises, quienes pasan toda la novela de empleo en empleo, soportando la hiel de sus patrones y la miseria de sus labores, todo ello sólo es posible de tolerarse en la férrea devoción que se rinde hacia la literatura, es la única capaz de mantener a flote la vida de todos estos personajes absolutamente caóticos.

Orden y Caos, consideraciones finales

Para finalizar podemos decir que de seguro por ahora y por mucho tiempo el discurso del orden en la sociedad occidental seguirá teniendo mayor prerrogativa que el discurso del caos, y que aunque en los más recientes paradigmas de la ciencia moderna y de lo que algunos filósofos han querido defender, se halla privilegiada la tesis del caos como irrupción hacia la concepción de un mundo perfecto y automatizado, nuevas corrientes del pensamiento señalan caminos cuyos esfuerzos (esencialmente en el campo de la ciencia) intentan hallar lugares comunes, puntos de partida donde sin desmeritar una posición, o paradigma determinado, lo que exista es una posición frente al mundo que suponga ser más compleja y teniendo como meta conciliar ambas posiciones. El profesor Gabriel Ugas, estudioso del tema menciona en su libro *La complejidad un modo de pensar*, muchas de las hipótesis modernas de la ciencia que apuntan hacia tal dirección:

Al igual que existen diversos tipos de orden también existen diversos tipos de caos, por ejemplo, el denominado caos con sentido. Los fractales, los virus y la multitud de fenómenos en la naturaleza son una muestra de este tipo de caos. Estas estructuras están formadas por elementos azarosos que les confieren una base de existencia y acción caótica. Sin embargo,

la suma de las interacciones en su conjunto adquiere un sentido (...) Algo semejante sucede con el tiempo: cada elemento de un sistema posee su propia medida singular de la magnitud del proceso interior que se está desarrollando respecto al entorno exterior. El átomo, la célula, un ave, el cosmos llevan un “reloj interior” que mide su paso del tiempo. Esos “relojes internos” de todos los sistemas se acompañan perfectamente (Ugas, 2006, p.57).

No será la visión determinista y causal de Newton o de la ciencia moderna y sus posturas caóticas, sino del orden que menciona Gabriel Ugas en su libro: *La Complejidad un modo de pensar*, un orden inmerso en el caos. Un orden desde el que florezcan los verdaderos cimientos hacia una visión más amplia de libertad, una libertad que no está al yugo del mundo determinista donde todo le es dado por consecuencia y efecto, una libertad que no pueda escapar al caos, porque desde sus entrañas nada es posible como decisión de certeza y posibilidad. Una libertad menos fresca y cómoda, esa que permita disfrutar y aprovechar nuestros actos sin ningún tipo de consecuencias, una libertad que aleteando por el mundo mediático y consumista se hace cada vez más banal, tal cual libertad que tanto criticó y señaló Friedrich Nietzsche:

¡Cómo hemos vuelto luminoso y libre y fácil y simple todo lo que nos rodea!, ¡cómo hemos sabido dar a nuestros sentidos un pase libre para todo lo superficial, y a nuestro pensar un divino deseo de saltos y paralogismos traviosos!, - ¡cómo hemos sabido desde el principio mantener nuestra ignorancia, a fin de disfrutar una libertad, una despreocupación, una imprevisión, una intrepidez, una jovialidad apenas comprensibles de la vida, a fin de disfrutar la vida! (1978, p.47).

La libertad en *Los detectives salvajes* sólo existe como posibilidad real entre la tensión de esas dos posturas, donde sus protagonistas nunca llegan a convertirse en esclavos, ni reyes de ninguna. Ante el orden

florece el caos, ante el caos florece el orden, como sucede a Amadeo Salvatierra, cuando ebrio y perdido de toda noción de tiempo y espacio, extraviado en la oscuridad de su propia casa, por fin, logra encontrar el encendedor de la luz y entonces dice entre su borrachera: “Ah, qué alivio llegar a la luz, aunque ésta sea una penumbra vaga, qué alivio llegar a la claridad” (Bolaño, 1999, p.283), es claro que Roberto Bolaño no hace de predicador en esta obra queriendo enseñar el camino de la verdad, simplemente desea expresar ambas posiciones sin darle la razón nunca a ninguna, el autor sólo desea pintar las escenas como un artista que no se preocupa por retratar sólo lo hermoso y lo bello, sino que plasma en su obra todo lo que ve en busca de las esencias que conforman aquello que pinta, en el caso de la novela el autor sólo quiere retratar la condición humana y las distintas formas en como ésta percibe ese estado emocional y existencial tan importante llamado libertad.

Referencias bibliográficas:

- Bolaño, R. (1999). *Los Detectives Salvajes*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- Bolaño, R. (2001). *Un paseo por la literatura*. [Fragmento] Ateneo Revista de Literatura y Arte. N° 17, 1.
- Bravo, V. (2003). *El orden y la paradoja. Jorge Luis Borges y el pensamiento de la modernidad*. Mérida: Universidad de Los Andes.
- Bravo, V. (1999). *Terrores de Fin de Milenio: Del orden de la utopía a las representaciones del caos*. Mérida: El Libro de Arena.
- Briceño Guerrero, J. (2002). *¿Qué es la filosofía?* (3a.ed.). Mérida: Puerta del Sol.
- Ferrater Mora, L. (1994). *Diccionario de Filosofía*. Barcelona: Ariel.
- García Bacca, J. (2002) *Una vez más acerca de libertad e historia*. En García Palacios C. y Revenga J. (comp.), *Ensayos y Estudios de Juan David García Bacca* (pp. 131-139). Caracas: Fundación para la Cultura Urbana.
- Nietzsche, F. (2001). *Así hablaba Zaratustra*. Bogotá: Panamericana.
- Nietzsche, F. (1992). *La ciencia jovial*. Bogotá: Panamericana.
- Nietzsche, F. (1978). *Más allá del bien y del mal* (4a.ed.). Madrid: Alianza Editorial
- Otero Carvajal, L. (1992). *Ciencia y pensamiento en Europa: Apogeo y crisis de la razón moderna, 1848-1927*. [Documento en línea]. Disponible: <http://www.ucm.es/info/hcontemp/leoc/ciencia%20en%20europa.htm> [Consulta: 2007, Junio 20]
- Savater, F. (2003). *El valor de elegir*. Barcelona: Ariel.
- Ugas Fermín, G. (2006). *La complejidad un modo de pensar*. San Cristóbal: Taller permanente de estudios epistemológicos en Ciencias Sociales.
- Zea, L. (1991). *La filosofía como compromiso de liberación*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.